

Del primer Centenario de Ayacucho

Ayacucho

AYACUCHO es un nombre glorioso. Es el nombre de una batalla, pero no de una de tantas batallas, que sólo dejan espanto en la conciencia y los rencores del fratricidio en la memoria.

Ayacucho es una batalla realmente gloriosa y sólo es gloriosa una batalla, cuando de ella sale un mundo nuevo y una renovación del amor.

En Ayacucho quedó vencida la tiranía; quedaron vencidas las injusticias del coloniaje. Triunfó la libertad sobre la opresión; toda clase de libertades, sobre todo género de tiranías.

En Ayacucho se redimieron socialmente los criollos, es decir una gran masa de población antes proscrita y humillada.

En Ayacucho, también los indios, recobraron su autonomía, volvieron a hacerse dueños del suelo patrio; ya no fueron siervos de un monarca remoto. Sus tierras volvieron a ser propias, ya no por merced real, sino por nato dominio.

Ayacucho marca el comienzo de una era nueva; es una aurora tras el relámpago de dos espadas. La espada de Bolívar y la espada de Sucre, los dos hombres más grandes que hasta hoy ha producido la América. ¡Bolívar deslumbrante! ¡Sucre virtuoso, moralmente perfecto; grande con la grandeza de una Majestad!

La espada libertadora que forjó Ayacucho, se ha prostituido después en tantas manos viles que no hicieron de ella otro uso que volver a cimentar las tiranías!

¡No importa, Bolívar y Sucre, no araron en el mar! Gracias a ellos esta raza iberoamericana tiene historia y tiene abolengo. ¡El milagro de entonces puede repetirse en cualquier otro instante! ¡Que el Centenario de Ayacucho sirva para que se desplomen todas las tiranías americanas! ¡Que los mismos tiranos mediten un instante, que la gloria es más apetecible que el éxito!

Bolívar y Sucre fracasaron como gobernantes y perdieron el poder; sin embargo nadie logró vencerlos, porque salvaron el honor. ¡Conquistaron la gloria inmortal!

Sarmiento triunfó como gobernante, fué un modelo de gobernantes, pero no es ese su título mayor, sino el de haber sabido también, mantener incólume el deber y hacer triunfar el amor. Sarmiento es digno de Ayacucho. Promesas como Sarmiento deben estar todavía contenidas en la aurora de Ayacucho.

Porfirio Díaz y Juan Vicente Gómez, triunfaron siempre, no conocieron sino el éxito, fueron astutos

y listos, pero nadie se atreve a nombrarlos héroes y quien no los maldice es porque los ha olvidado. Nadie osaría compararlos—los dos asesinos,—con Bolívar o con Sucre. Cuando algún miserable lo ha hecho, el mundo le responde con una carcajada.

¿Qué ganaron con ser dueños de la materia, si el espíritu les será siempre adverso?

¡Tiranos de América, no quiero por ahora ni nombrarlos! Para conmemorar dignamente la memoria de Ayacucho, habría que vaciar las cárceles donde están los reos políticos; habría que llamar a todos los desterrados que menguan con su ausencia las energías de la patria! Tendrían que dejar de llamar traidores a todos los que se les oponen con justicia. ¡Si nada de esto hacen, que no pronuncien, que no profanen el nombre santo de Ayacucho!

JOSÉ VASCONCELOS

(*La Antorcha*, México, D. F.)

Ayacucho

SE acerca el centenario de Ayacucho. Para saber cómo debemos encararlo, conviene recordar lo que significa y va a seguir significando ese nombre en la historia de la humanidad.

Ayacucho tiene su aspecto militar y su aspecto político. Ambas caras magníficas. Contemplemos un instante esos bellos rostros viriles.

Los ejércitos que defendían la unidad del imperio español en América y los ejércitos que defendían el derecho de América a gobernarse por sí propia, coronaron en los campos de Junín y Ayacucho, sobre los Andes del Perú, una campaña, por una y otra parte, maravillosa. Peleaban los españoles con sus hijos sobre las cumbres más conspicuas del planeta, a una altura a que nunca combatieron antes ejércitos modernos. Los soldados de España venían de lejos: de dos mil leguas de distancia. Los encendía el recuerdo de la patria remota y la conciencia de su acción civilizadora. Aquellos montes y aquellos mares del Perú, vieron triunfar durante trescientos años a los soldados que llevaban en los labios y en el pecho el nombre mágico de España. Triunfaron contra la naturaleza y contra los hombres. Imperios fabulosos cayeron ante el filo de sus partesanas y el fuego de sus arcabuces.

Piratas de Holanda y de Francia, cazadores de galeones; bandidos marineros de Inglaterra, ávidos de continentes, estaban acostumbrados a temer las culebrinas y casamatas del Callao. En los mismos días de la independencia de América, los españoles del Perú mantuvieron triunfante durante catorce años el pabellón de España sobre las torres indias del Cuzco.

Un francés, el general Canterac, al servicio de España; el general español, don Jerónimo Valdés y el último virrey del Perú, el general Laserna, hicieron prodigios por mantener la potestad española durante la campaña de 1824. Por aquellas alturas inhós-